

ENTREVISTA

RODOLFO MARCONE-LO PRESTI

La vida como acontecimiento sapiencial: devoción, gratitud y buen vivir

Entrevista de Rodolfo Marcone-Lo Presti al filósofo chileno Gastón Soublette Asmussen

Rodolfo Marcone-Lo Presti
Universidad de Valencia, España
presti@alumni.uv.es

La fascinante vida intelectual y espiritual de Gastón Soublette Asmussen lo ha vuelto un renombrado filósofo en Chile, quien fue galardonado recientemente con el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales año 2023. Hoy, con sus 97 años, este musicólogo, esteta y experto en filosofía oriental y teología cristiana es uno de los referentes más importantes en el acontecer intelectual chileno. En esta entrevista se exploraron las diversas facetas de su vida, desde el inicio de su actividad docente y académica, hasta las motivaciones existenciales que lo llevaron a explorar los temas de su investigación –como la cultura tradicional indígena, el folclore, la música, la teología y las espiritualidades orientales–. Con más de una docena de libros publicados, Soublette ha dejado una profunda huella en centenares de alumnos y alumnas. En esta ocasión, Soublette compartió sus experiencias y aprendizajes a lo largo de los años, y destacó la importancia de la cultura tradicional indígena y su valor para la sociedad contemporánea. Nos explicó cómo estas culturas ancestrales pueden ofrecer una visión profunda y significativa de la existencia humana, alentando un mayor respeto por la naturaleza y una conexión más profunda con nuestra diversidad espiritual humana. El papel de la espiritualidad ocupó un lugar destacado en la conversación, y Soublette resaltó la importancia de preservar estas expresiones espirituales como una forma de mantener viva la identidad y la historia de un pueblo. Además, señaló cómo la búsqueda espiritual puede ser una herramienta poderosa para la transformación personal y el despertar de saberes, más allá del academicismo dominante. En cuanto a la filosofía oriental, Soublette compartió su profundo conocimiento sobre estas tradiciones. Habló sobre conceptos como el zen, el taoísmo y el budismo, y cómo pueden brindar una perspectiva única sobre la existencia humana y el propósito de la vida. En resumen, la entrevista con Gastón Soublette fue un viaje fascinante a través de su vida y su amplio conocimiento sobre filosofía oriental, cultura tradicional indígena, folclore, música, teología cristiana y espiritualidades orientales. Sus palabras ofrecieron una valiosa

perspectiva sobre la importancia de estas disciplinas y cómo pueden enriquecer nuestras vidas, fomentando una conexión más profunda con nosotros mismos, los demás y el mundo que nos rodea.

RODOLFO MARCONE-LO PRESTI: Estimado Gastón, eres uno de los pensadores más influyentes hoy en Chile. Luego de escribir el libro *Manifiesto: Peligros y oportunidades de la megacrisis*, el año 2020, que da cuenta de la crisis civilizatoria que vive Occidente y entrega un relato coherente con el malestar social expresado en las marchas de octubre del año 2019 en Chile, sin duda alguna, te has vuelto la voz más respetada del círculo de intelectuales con raigambre cristiano en el Chile actual. Esta entrevista busca obtener respuestas frente a quién eres como pensador y persona, y darte a conocer en un ambiente más amplio que el chileno. La primera pregunta que se me ocurrió hacerte es del estilo de Sócrates: ¿Quién eres tú?

GASTÓN SOUBLETTE ASMUSSEN: Primero que nada, debo responder con la verdad sobre mi posición académica existencial, soy un *freelance* de la academia. Te explico esta idea. Entré en la vida académica no por la puerta, o sea, no de manera institucional, obteniendo títulos académicos como hoy se hace, sino por la ventana; para que todos entiendan, la vida me llevó a la academia como la consecución de mi vocación humana. O sea, yo no tengo título de nada. Estudié Derecho, hice todos los cursos, pero no egresé de esta carrera y lo mismo con Arquitectura. Porque no era mi camino. Mi camino era otro, era el desarrollo del pensamiento filosófico, pero en ese tiempo, al inicio de mi vida universitaria, no lo sabía. Las personas que me guiaban, o sea, mi padre y sus amigos, no me supieron conducir hacia la filosofía, que es la disciplina que desarrollo actualmente, y la que debí haber desarrollado en mis estudios universitarios en mi juventud. Tuvieron que pasar muchos años para descubrir mi interés profundo por la filosofía y el humanismo en general, fue un camino hecho por mí mismo, donde el devenir de una vida llena de búsqueda me hizo encontrar mi lugar en el mundo.

Entretanto, me desempeñé en muchos trabajos. Fui diplomático en la década del 70, gracias a la confianza del presidente Salvador Allende, trabajé como agregado cultural en París durante su gobierno. Luego fui director artístico del Canal 13, perteneciente a la Pontificia Universidad Católica de Chile. Todo ese tipo de experiencias fueron formativas, hasta que llegó el día –hace más de 50 años atrás– en que fui invitado por la Universidad Católica a formar parte del Instituto de Estética y el Instituto de Filosofía. Fueron mis trabajos con la cantautora chilena Violeta Parra –la más grande folclorista chilena y mujer del último siglo–, y mis trabajos en materia de filosofía oriental¹ los que me llevaron a la vida universitaria. La adversidad y las oportunidades de la vida me invitaron a formarme y, en fin, entrar a la Facultad de Filosofía y Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Por tanto, yo hacía cursos de Teoría e Historia del Arte en el Instituto de Estética, y por otro lado mis cursos de Pensamiento Oriental en el

1 Véase Soubllette, *El libro del tao y la virtud de Lao-Tsé* 320.

Instituto de Filosofía. Ahí me sentí por fin incluido y comprendí que mi misión era enseñar y recibir enseñanzas de mis alumnos y colegas. Y esto ocurrió nada menos que cuando yo tenía 40 años. En mi madurez corporal y espiritual logré encontrar el sentido de mi vocación. Por tanto, el mensaje a los jóvenes es que no se apresuren, vivan la vida en apertura radial al acontecimiento de amor y sabiduría, más que buscar colocarse.

R. M. L.: Entre los 18 y los 40 años es la edad en la que C. G. Yung señaló que sucede el fenómeno psicológico denominado por él como «individuación». ¿Cuál fue tu experiencia más significativa en este periodo etario?

G. S. A.: Fundar una familia de tres hijos, dos niñas y un varón, fue un evento importante para mí, porque me insertó en la comunidad. Yo era un tipo muy solitario, estaba en un periodo de búsqueda espiritual. En este periodo descubrí la práctica de la espiritualidad oriental y esencialmente comencé el camino de la meditación. Es una actividad buena, no digo que esté mal, pero tiene inconvenientes. Te va debilitando el sentido de comunidad. Entonces, al formar la propia familia, se afianzó en mi interior el sentido de comunidad humana elemental, donde los afectos más nobles se desarrollan y te permiten tener un sentido profundo de existir por esos otros que son tu familia; aquí se desarrolla el amor y la responsabilidad, claves para vivir una individuación sana, como enseña la psicología profunda junguiana. Esto me lo enseñó mi querida maestra, la psiquiatra Lola Hoffmann.

R. M. L.: Gastón, tienes uno de los bagajes culturales más amplios del registro actual de intelectuales chilenos vivos. ¿Cómo lograste construir tu identidad como pensador? Háblame un poco más de ese proceso biográfico tuyo como intelectual.

G. S. A.: En mis largos años de vida he abordado muchas disciplinas. Desde la música, que estudié en París, hasta la filosofía, sobre todo la oriental, que estudié de forma autodidacta, inspirado en maestros que fui conociendo a lo largo de la vida, como la doctora Lola Hoffmann,² una gran psiquiatra chilena, amiga de C. G. Jung y del yogui católico Lanza del Vasto. Además, me he dedicado a la exégesis literaria, sobre todo el género poesía y ensayo. Fui compositor, durante cierto tiempo, y he sido un investigador de las culturas de raigambre popular e indígena, lo que me ha interesado mucho por largos años.

Luego llegó a mi vida la teología. Esto sucedió por vivir al lado de una institución, como el Instituto de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que pasa por ser el mejor de América. Así las cosas, me dediqué a la teología bíblica exegética histórica, siempre guiado por los profesores de la Facultad de Teología. Por eso afirmo aquí que yo entré por la ventana al mundo académico, simplemente siguiendo mi curiosidad intelectual, y no por la puerta ancha de la formalidad académica de estudiar licenciatura, máster y doctorado, como es hoy en día. En fin, con su asesoría, los mejores

2 Véase la página 230 del libro de Juan Cristóbal Villalobos en Referencias.

profesores de la Facultad de Teología hicieron de mí un auténtico alumno, sin serlo administrativamente y, de cierta forma, me volvieron un autor.

Entonces, esta experiencia de participación en la vida académica de la Facultad de Teología como oyente me permitió escribir un ensayo de exégesis sobre los cuatro evangelios canónicos. El libro se llama *Rostro de hombre*.³ Muchos se preguntarán: ¿qué de original puede decir este señor cuando ya está todo dicho? Este libro es un análisis exegético bien particular desde la psicología profunda y la mirada antropológica, asumiendo el método histórico-crítico tan de moda en los años setenta. Quise en *Rostro de hombre* dar a conocer las coincidencias que el Evangelio de Jesucristo tiene con lo mejor de la espiritualidad oriental. Al respecto, no específicamente con la rica tradición de la India, sino con la tradición milenaria de China, o sea, lo que conocemos como taoísmo y confucianismo.

Así las cosas, los últimos años me he dedicado a la exégesis simbólica del cine. He escrito tres libros sobre esta temática. Yo pienso que la gente va al cine sin conciencia estética y menos ética. Quería ayudar a las personas a enfrentarse a una narración filmada con mayores herramientas, para que encuentren sentido en este arte. Sabemos que existe una narración, por decirlo en fácil, del tipo aparente, pero hay otra narración del tipo subyacente, esta va por la vía simbólica. Ahora es muy difícil entender la narración subyacente para el gran público. El director de cine, si hace bien su trabajo, te debe estar abriendo campos de sentido nuevos sin que tú te des cuenta, es un articulador simbólico, esa es la tarea de un buen director de cine. Cumple su misión de componer una obra de arte. El cine es altamente simbólico y nadie se preocupa de esto en Chile, me he dedicado a este tipo de exégesis con cierto gusto. Quería probar, por ejemplo, cómo la película *2001: Odisea en el espacio* es una película que, al mismo tiempo de ser lo que es, es una aventura interplanetaria. No se puede catalogarla como pura ciencia ficción. Es también un testimonio de la fe judaica del director, el señor Kubrick; la película en sí misma está llena de elementos del judaísmo. La simbología del cine es rica en matices, y creo importante desentrañarlos para el gran público, que pasa mucho tiempo en pantallas.

R. M. L.: Una de las notas más características de tu pensamiento es la transversalidad que le otorgas a los saberes sapienciales y a las espiritualidades, tanto de Oriente como de Occidente; eres un católico practicante que dialoga con la filosofía oriental y, al mismo tiempo, eres uno de los más respetados intérpretes del *Libro del Tao* y el *I Ching*. Además, escribiste el libro más importante de exégesis bíblica moderna en Chile sobre la personalidad de Jesucristo. ¿Cómo llegas a unir a Oriente y Occidente en tu pensamiento?

G. S. A.: Mi vida espiritual comenzó con el budismo. Yo me encontré con Buda primero, y fue importante para mí porque la meditación corrigió muchos defectos de mi psique. Por ejemplo, un déficit atencional que tuve desde niño, por eso nunca fui buen alumno. Me costaba mucho aprender las lecciones de la escuela, y me aburrían enormemente.

3 Véase Soubllette, *Rostro de hombre*.

Fue entonces en mi adultez cuando inició la meditación Zen, y esta práctica me permitió corregir ese déficit atencional en gran medida. Otra vivencia que me sirvió para bajar mi déficit atencional fue estudiar Derecho Civil, cuando estudié Derecho; en los exámenes yo me aprendía de memoria todo el articulado, y los profesores quedaban admirados de que yo no tuviera que mirar el Código Civil. Estas fueron cuestiones que me ayudaron a centrar mi pensamiento reflexivo. Por lo demás, se encuentra tan bien redactado el Código Civil, por ejemplo, que me enseñó a escribir también en castellano.

Volviendo a tu pregunta, después de mis estudios inconclusos de Derecho, casi con 30 años, me fui metiendo en la espiritualidad hindú, sobre todo en la escuela de Yogananda. Después me pasé a la escuela de Eamana. Buscaba en este tiempo desplegar una indagación del yo, purificar mi mente para alcanzar la luz o iluminación espiritual. En cuanto a Jesucristo, seguía siendo para mi conciencia el redentor del mundo, pero esto no lo tenía claro aún, o no lo había descubierto de manera consciente, siguiendo la teoría psicoanalítica. Entre la autorrealización espiritual a través de la meditación que da la práctica del yoga y el mensaje de Cristo, aún no descubro los nexos.

Mis maestros orientales de ese tiempo siempre citaban a Jesucristo como entre los avatares, uno más entre todas las encarnaciones divinas, pero ningún hindú era capaz de decirme cuál era la esencia del Evangelio de Jesucristo y lo específico de su mensaje, que no es lo mismo que la autorrealización espiritual del hinduismo. Estas dudas y vacíos me acompañaron durante varios años.

Un acontecimiento clave para despejar las dudas fue mi trabajo en la Pontificia Universidad Católica de Chile y la vecindad con su Instituto de Teología. Fueron muchas conversaciones con esos profesores de Teología, y con ese diálogo abierto y franco fui entendiendo el misterio de Jesucristo y su papel en mi vida. Me pregunté seriamente acerca de dónde estaba lo específico de la espiritualidad israelita, que es retratada tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Llegaría a la conclusión de que dicha espiritualidad se constituye en su perfección en la figura de una persona singular de la historia, en el Dios de Israel encarnado en Jesucristo. Es una conclusión tremenda para mi vida espiritual encontrarme con Jesús de una forma tan seria y reveladora.

Entonces, me fui convirtiendo al cristianismo desde el budismo. Sucedió como un proceso gradual donde fue puesto en su lugar el camino de la iluminación trascendental personal propuesta por budistas o hindúes. El resultado que yo buscaba a través de la meditación de ser uno con el mundo, y el mundo uno conmigo, se corresponde a un concepto de sanidad que perseguí por mucho tiempo. La meditación, en teoría, te limpia el alma, te purifica esa realidad purificadora; no, no es mentira, es verdad, pero en el nivel espiritual trascendente más bien purifica unas conexiones neuronales. Pero quedan muchos cabos sueltos en la vida humana. Entendiendo que nuestra sociabilidad natural nos hace seres familiares, entonces tenía que encontrar mi sentido de pertenencia a la comunidad. Así las cosas, abandoné el ideal de perfección como un ser solitario o iluminado. Entendí que necesitaba darle sentido a mi vocación comunal o una forma más mundana a mi vocación social.

Aquí llegamos al punto donde el cristianismo aparece con fuerza en mi mundo de ideas e identidad. Yo no puedo ser un cristiano cabal sin pertenecer a una comunidad de fe, a una comunidad de oración y litúrgica. Esto lo fui entendiendo de a poco –a través de conversaciones con los profesores de la Facultad de Teología– y cuando estas ideas se decantaron en mi mente y corazón me dije: «Tengo que dedicarle mi capacidad exegética a la figura de Jesucristo», y muy seriamente me insistí: «Yo no me puedo ir de este mundo sin saber quién es Jesucristo». Y hablo de saber en el más alto y profundo sentido de la palabra. Aquí comencé la labor que duró 20 años de mi vida: estudiar los cuatro evangelios canónicos, lo que daría como resultado este libro que me costó otros dos años plasmar en papel: *Rostro de hombre*.⁴ Es anecdótico el hecho de que el primer editor de este libro fue la extinta editorial Andrés Bello, y que esta editorial no lo entregó a revisión a ningún teólogo chileno. Le pasé el libro a un profesor de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma –el padre Francesco Petrillo–, y él, que no tenía ningún prejuicio respecto a mi persona, no tenía idea de quién era, hizo un informe muy elogioso y, lo más importante, señaló que no tenía ningún error teológico. Yo creo que con este libro encontré la madurez espiritual, tanto así que al terminarlo sufrí una parálisis que me dejó convaleciente durante un mes, fue muy potente para mí el encuentro con Jesucristo.

R. M. L.: Gastón, eres un escritor prolífico, cuentas con decenas de libros publicados y otra centenas de artículos en revistas académicas y en la prensa. Tus Cartas al director son famosas por entrar en polémicas con los poderosos de Chile. Atendida tu vasta producción bibliográfica, ¿cuál es tu obra más querida y cuál sentido le entregas?

G. S. A.: Luego de mi conversión al catolicismo, yo dediqué mucho de mi tiempo libre a conocer personalmente a gente que vivía –y aún vive– en la extrema pobreza. Muchos de ellos son mis amigos y amigas de años, e incluso soy padrino de sus hijos. A mí me interesa mucho la gente marginada de esta sociedad, comparto su marginalidad de forma espiritual; yo siempre me he sentido fuera de este mundo, así que soy uno de ellos. Solo que tuve la suerte de nacer en una familia con suficientes recursos económicos y culturales, que me permitieron una educación de calidad excepcional.

El fenómeno de la extrema miseria siempre me atrajo existencialmente. Me duele el corazón sentir el dolor del excluido, pobre y humillado. Pero creo que hay un misterio muy luminoso en esas experiencias. Entonces, mi libro favorito escrito por mí es *Marginales y marginados* (180), donde doy testimonio de mis encuentros con el pueblo de Dios que habita en cada ser humano marginado y marginalizado por una sociedad del egoísmo como la actual. Recopilo en este libro sus testimonios que eran sorprendentes... fue iluminador para mí encontrar el más vivo testimonio de fe y compasión en un hombre que vivía en la basura. Los marginales son personas que tienen la absoluta libertad de decir lo que quieran, son quienes han reflexionado desde la incomodidad

4 Véase Soubllette, *Rostro de hombre*.

de la vida, al puro estilo de Sócrates, quien para mí es el primer marginal, y a su vez el verdadero filósofo de la antigüedad. El otro libro de mi autoría que me encanta es *Manifiesto: Peligros y oportunidades de la megacrisis* (150). Lo publiqué hace poco, a propósito del estallido social chileno del año 2019; lo escribí con mucho entusiasmo, para desentrañar el sentido de ese malestar antineoliberal que despertó en Chile.

R. M. L.: Me acuerdo de un libro que escribiste hace algunos años y que tiene un sabor autobiográfico: *La poética del acontecer*. Allí hablaste de Lanza del Vasto, cuéntanos sobre este personaje y su influencia en tu vida espiritual e intelectual.

G. S. A.: Lanza del Vasto fue mi maestro espiritual. En su época fue un gran yogui cristiano, discípulo de Gandhi y de Paramahansa Yogananda. Sin embargo, no dejó nunca de ser católico. Él creó la comunidad «El Arca» en Francia, España e Italia, países donde existieron granjas colectivas, siguiendo el modelo del «Ashram» ideado por Gandhi, donde se vivía en comunidad de familias, orando y trabajando la tierra, creando un sistema económico solidario y ecológico.

Conocí a Lanza del Vasto en Santiago de Chile, en una conferencia, él fue invitado por el Instituto Chileno-Italiano de Cultura. Ahí lo vi por primera vez, me acerqué y quise conversar con él, y él, con sencillez y apertura, me invitó a charlar en privado; desde ese momento jamás dejé de tener su sabiduría en mi corazón. Ese encuentro me transformó, le dio un sentido a mi espiritualidad, que tenía una fuerte orientación oriental, pero Lanza del Vasto me hizo reconciliarme con mi tradición religiosa afianzada en el catolicismo apostólico romano.

Aprendí a colocar la espiritualidad oriental en su verdadero lugar en mi vida interior. La espiritualidad oriental para nosotros, los occidentales, tiene un inconveniente: su excesivo individualismo, por así decirlo, y esto lo digo en el contexto de reconocer muchas cosas buenas a las espiritualidades orientales. La idea de que tú, a través de la meditación puedas llegar al *nirvana*, o sea, un estado de pureza interior tan grande, que permite liberar la mente y el cuerpo, logrando una realidad de éxtasis extendido, es considerada por los maestros de la India como la meta final del ser humano, lo que llaman «iluminación», y que es una meta central de su espiritualidad.

Para mí, esta cuestión del éxtasis y alcanzar el *nirvana* hoy no puede ser la meta existencial para un cristiano como yo me reconozco. Que esta realidad pueda existir es maravilloso, y nos enseña sobre la ductilidad del cuerpo, mente y espíritu humanos. Esta experiencia extática les sucedió a personas como Santa Teresa de Ávila y otros más. Pero esta realidad espiritual no puede constituirse como el único fin de la espiritualidad humana. Me parece más una confusión en la que muchos caen, y yo caí en estas ideas antes de conocer a Lanza del Vasto, mi maestro espiritual. Él me invitó a conocer a Jesucristo como maestro de vida espiritual, y estudiando a Jesucristo me di cuenta de que la meta de la espiritualidad era una realidad más compleja, que incluye la totalidad del ser personal, desde la familia, el alimento, salud y la convivencia política.

R. M. L.: Recordando tus aportes en la reflexión filosófica, escribiste por el año 1992 un artículo llamado la «La megacrisis»⁵ donde haces un claro diagnóstico del Estado terminal del modelo de civilización industrial. ¿Cómo llegas a esta conclusión? ¿Y la sigues sosteniendo?

G. S. A.: En primer lugar, la psicología profunda de C. G. Jung me ha influido mucho en el análisis del fenómeno social y psicológico de nuestro tiempo. A través del desarrollo del concepto de inconsciente colectivo y arquetipo podemos descubrir que toda la estructura ontológica del ser occidental se encuentra en crisis, que se manifiesta en un déficit del ser y pérdida del sentido de la vida, como sostengo en aquel artículo.

Yo empecé a elaborar un discurso crítico cuando tenía 18 años, momento en el que cayó en mis manos un libro muy pesado que se llamaba la *Decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler.⁶ Y eso me marcó profundamente, y entendí las razones de Spengler para dar razón de la terminación de la civilización industrial.

Entendí que, como todas las civilizaciones humanas, tiene que terminar un día. Ahora, ¿qué hay después? Eso es discutible, ya es otro tema, pero esta civilización vive sus últimas etapas y le está ocasionando un tremendo perjuicio a la vida biológica terrestre, creando un mundo donde la felicidad fue excluida totalmente, porque la sociedad industrial es una donde las ideas de rendimiento y eficiencia invaden el espíritu humano. La gente no es feliz con este modelo de producción y consumo, por eso las reivindicaciones políticas al tiempo libre y la conciliación del trabajo con la vida familiar son reivindicaciones justas y necesarias.

La industrialización va simplificando la vida, la va mecanizando y homogeneizando, se pierde la identidad cultural humana. Por ejemplo, lo que ocurre en Tokio a las 12:00 del día no tiene ninguna diferencia de fondo con lo que ocurre en Santiago de Chile a las 12:00 del mismo día. Todos están trabajando en sus oficinas y ordenadores. O sea, nos han reducido a meros consumidores, usuarios pasivos o trabajadores. Ya esa homogeneidad totalizante es indigna de la fe cristiana y de la espiritualidad humana plural. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y no como un mero consumidor o robot. ¿Qué hacen las personas en todas partes del mundo a las mismas horas? Solamente sobrevivir. El 90 % de la humanidad no sabe cómo terminará el mes con sus salarios exigüos y la inflación galopante debido al colapso del modelo económico de explotación de la madre tierra sin misericordia.

Esto es la demostración de que este modelo fracasó, pero siguen insistiendo las élites políticas y económicas en sostener el capitalismo. Lo que van a lograr es terminar destruyéndonos como especie de forma violenta e instantánea, como tememos que ocurra. La mecha de la explosión podría ser la actual guerra de invasión de Rusia contra Ucrania; ya el Señor Putin nos ha amenazado varias veces con bombas atómi-

5 Véase Soubllette, «La Megacrisis» en Referencias.

6 Véase la obra de Spengler citada en Referencias.

cas tácticas u otras. Y debemos entender algo muy serio: la guerra atómica es el fin del mundo. La contaminación radiactiva de la biosfera no la puede resistir ningún ser vivo sin enfermarse; aunque estemos muy lejos, tarde o temprano llegará la radiación. Entonces, estamos al borde del colapso definitivo, y fíjate que este riesgo nuclear es más cierto ahora, en el contexto político del año 2023, que antes, en los años 70.

Muchos ecologistas opinan que el daño a la biosfera es ya irreversible, o sea, hagamos lo que hagamos, nuestras acciones no podrán restaurar el mal causado. El ecosistema terrestre, en su opinión, se seguirá degradando, porque ya se sobrepasó el límite que la naturaleza podía soportar. Yo no creo que sea así, aunque da la impresión de que es así en el último informe del IPCC, que es lapidario.⁷

Por ejemplo, en los ríos afluentes de la Amazonía ya se nota cómo los bosques se van retirando por la deforestación y pérdida de agua, que deja grandes arenales y pedregales. Eso te está diciendo algo, que la selva madre ya no puede absorber más dióxido de carbono y está en retirada. Bueno, hay muchos argumentos para establecer los parámetros de degradación ambiental sin posibilidad de retorno. Yo, en lo personal, creo que la fuerza vital que trajo la vida a este planeta puede más y es absolutamente resiliente, la vida compleja, llena de belleza y única en el universo continuará en este pequeño planeta, aunque nosotros como especie nos extingamos. Lo triste es que nos llevaremos a la tumba muchas formas complejas de vida.

R. M. L.: Tú siempre dices que partió todo el problema con Descartes con esa mítica expresión latina: *Cogito ergo sum*, que vendría a ser «pienso, luego existo». Esta tesis la elaboras en el mismo artículo del que ya hablamos, «La Megacrisis», y que publiqué en el año 1992. ¿Dónde fecharías el inicio de la megacrisis, y cuál es el proceso sociopolítico que la impulsa?

G. S. A.: Claro que aún sigo sosteniendo esta tesis, de que se inicia la megacrisis con el pensamiento cartesiano, porque cuando Descartes dice: «pienso, luego existo», él se define ontológicamente como un ser pensante, antes que sintiente. Cuando alguien se define como un pensador, está definiendo nada más que una parte de sí mismo, y está dejando fuera toda la parte intuitiva e inconsciente; hay una exclusión de otros componentes del ser humano. Debemos recordar lo que nos enseña la psicología profunda, y es que el hombre funciona con una base inconsciente muy poderosa. No la podemos ignorar. Si tú te estás definiendo solamente como un ser que piensa, eso es el 30 % de la persona, por lo tanto, ¿dónde queda el otro 70 % del ser personal? Evidentemente que estás excluyendo muchas esferas de sabiduría, que son más emocionales e intuitivas. Por eso sostengo que con Descartes se inició el resentimiento ontológico del ser humano en Occidente, y gracias a estas ideas propulsoras cartesianas de separación entre mundo cognitivo y mundo sensible, vemos

7 Véase el informe del año 2022 del IPCC: «Climate Change and Land: An IPCC Special Report on Climate Change, Desertification, Land Degradation, Sustainable Land Management, Food Security, and Greenhouse Gas Fluxes in Terrestrial Ecosystems».

un empobrecimiento de la relación ser humano-mundo, observamos cómo el modelo matemático triunfará gracias a las ideas cartesianas, cuestión que hoy nos tiene por las cuerdas como especie y la vida en la biosfera.

R. M. L.: Recordando que sostienes en tus trabajos cómo Descartes desplazaría el conocimiento intuitivo de la razón práctica, dando inicio a la época moderna, hoy tenemos un conocimiento invisibilizado por parte de nuestras sociedades, especialmente el conocimiento indígena. ¿Cómo te encontraste con el pueblo mapuche, su sabiduría y sus rituales?

G. S. A.: Primero me encontré con la cultura popular campesina de origen chilena-castellana de la mano de Violeta Parra, con quien trabajé estrechamente, y quién será la mejor representante del folclore chileno. Esta relación con Violeta fue el primer paso hacia mi encuentro con las culturas populares chilenas e indígenas. Creo que también tengo un acercamiento con el mundo indígena debido a mi amor a la naturaleza y en específico al hombre que extrae su sabiduría del orden natural; admiro ese tipo humano. Así las cosas, empecé mi interés por todos los indígenas del mundo, y en especial con el pueblo mapuche, que habita mi patria desde hace miles de años.

Esto ocurrió por medio de un extraño fenómeno. Un día se me ocurrió escribir una historia de Limache, el pueblo donde vivo, ubicado en la región de Valparaíso. En esta ficción, un conquistador español de nombre don Juan de Manríquez y Sandoval, al ser testigo de la crueldad de los españoles en el trato a los indígenas, se pasa al bando de los desamparados y ayuda a los mapuche a hacerle frente en la guerra a Pedro de Valdivia y Diego de Almagro, y a toda esa gente que venía con la misión de conquistar. Era este un hombre que tenía muchos dotes psíquicos y por eso las *machi*⁸ de Limache lo ordenaron machi; es el único machi hombre y de raza blanca que ha habido en la historia del pueblo mapuche. Entonces, de ahí el nombre de «Liq-machi» que significa: «machi-blanco o machi-puro». En mi ficción, este personaje vivió aquí en el valle de Limache. Este cuento lo escribí en verso, en décimas, siguiendo la costumbre del folclore chileno, en memoria de mi amiga Violeta Parra.

Así las cosas, le conté un día a un profesor de origen mapuche que trabajaba en la Universidad Católica. Entonces él me quedó mirando y me dijo: «¿Usted inventó su historia?». «Sí», le respondí, y dijo: «Usted, sabe que es cierta». Quedé atónito, y él me dijo que uno de los cronistas españoles dio cuenta de esta historia, pero no se acordaba quién era el cronista. Entonces, di inicio a mi búsqueda, fui a la Biblioteca Nacional, en Santiago de Chile, pero no encontré nada y me rendí al par de semanas.

8 En la estructura simbólica/religiosa de la cultura tradicional del pueblo mapuche se distingue la figura del machi, quien emerge como un chamán investido de poderes y saberes ancestrales. Esta entidad esencial se enmarca en la cosmovisión indígena del sur de Chile y el suroeste de Argentina. La función primordial del machi consiste en el arte de la sanación, abarcando tanto las dolencias corporales como las que se atribuyen a la influencia de fuerzas espirituales o a la transgresión de las normas sagradas. No obstante, su contribución trasciende los ámbitos puramente curativos, pues también desempeña roles de índole religiosa y social, conformando así una compleja red de interacciones en el entramado sociocultural mapuche.

Pasaron muchos años, y un día, recorriendo los anaqueles de una vieja librería de libros usados, encontré una tesis roñosa para optar al grado de licenciado en Historia, el nombre del autor no lo recuerdo, pero allí aparecía la historia del «machi-blanco», con la cita textual del cronista español. Este hallazgo se lo comuniqué al profesor, quien me dijo: «A usted le ha pasado algo extraño», y seriamente me señaló: «Tal vez el pueblo mapuche lo anda buscando». Entonces desde ese momento empecé a estudiarlos, compré libros sobre mapudungun, su historia, costumbres, estudié hasta sobre el Chile prehistórico, en las obras de Tomás Guevara.⁹ Así, por estas fuerzas de la sincronía, mi intuición y curiosidad se abrieron al pueblo mapuche. Luego mi encuentro personal con el pueblo mapuche fue en la calle. Ellos estaban cantando y bailando frente a la Municipalidad de Las Condes, en Santiago de Chile. Me fascinó ver esta escena en plena metrópolis, y ahí empezó mi relación formal, hasta que organicé guillatunes¹⁰ en la cordillera. Me abrieron las puertas de las comunidades del sur de Chile y me tocó ayudar a algunos hermanos mapuche durante la dictadura militar chilena. Entonces, como agradecimiento, me recibieron en el sur de Chile, en sus tierras ancestrales, donde viví las fiestas más importantes de este pueblo sapiencial que es el mapuche, fiestas como el cambio de *rehue*¹¹ o los machitunes.

R. M. L.: Escuchando esta maravillosa historia de sincronía y conciencia, que nos demuestra cómo podemos, desde el inconsciente, construir la realidad, y sobre todo ligando la narrativa personal, me pregunto qué es la sabiduría para ti.

G. S. A.: Para entender mejor esta cuestión, preguntémosnos qué es la ciencia. Esta rama del conocimiento se ocupa de los fenómenos, o sea, la ciencia nos enseña cómo es el mundo. Pero la sabiduría, al contrario, se ocupa del sentido, hacia dónde va el mundo y nosotros con él. La sabiduría busca desentrañar nuestra posición en el mundo. Este es el eslabón perdido por la posmodernidad decadente a la que asistimos. Podemos señalar, sin miedo a equivocarnos, que la sabiduría busca dirigir el sentido de la vida. Ahora, el sentido se puede presentar de muchas maneras, entre ellas, por ejemplo, el mandamiento cristiano de «ama a tu prójimo como a ti mismo». El contenido sapiencial de esta frase nos ayuda a desentrañar el mundo, a entendernos en el mundo-con-otros-y-por-otros, y esto es parte del sentido elemental de una vida humana digna, la racionalidad y dependencia en estado de armonía. Porque si no hay amor en la comunidad, la comunidad no puede mantenerse unida, y el ser humano no puede sino vivir en comunidad. Este es uno de los tantos ejemplos de sabiduría que se encuentra afianzada en enseñanzas religiosas y espirituales que hoy debemos defender en el mundo cultural y académico utilizando la transdisciplinariedad.

9 Véase Guevara en Referencias.

10 Antigua rogativa que se realiza en el *rehue*, que es el altar sagrado, con el fin de agradecer, pedir o solicitar.

11 Altar sagrado que consagra la unión espiritual del pueblo mapuche con su machi o curandero.

R. M. L.: Hablando de la sabiduría, me gustaría que te refirieras a la sabiduría de los pueblos indígenas, cuál es su especificidad y su aporte a este mundo científicista y materialista al que pertenece nuestro modelo civilizatorio posmoderno.

G. S. A.: Los pueblos indígenas están obligados a vivir la sabiduría para existir como sociedades naturales, o sea, insertas en el orden natural. Esto empezó en el Paleolítico, donde esas bandas de cazadores recolectores, con no más de 200 personas, se reunieron, y si entre ellos no hubieran practicado el amor, la cooperación y el respeto mutuo, se habría extinguido la especie humana. Esta conciencia ética es la prueba de que ellos poseían una sabiduría muy profunda, la que nos permitió subsistir como especie, con todas nuestras debilidades fisiológicas y estructurales.

Por ello sostengo que el hombre del Paleolítico es un ser completo. Fue un excelente educador, permitió que la cultura humana prosperase y le debemos nuestra existencia. Si aquella humanidad paleolítica hubiera descuidado a sus hijos, estos no habrían podido heredar el conocimiento y cultura, o sea, los saberes de sus padres para enfrentar los desafíos de la vida natural. El hecho de que la sociedad humana haya podido sortear todos los desafíos de la vida natural hasta estos días, donde este ser humano se cree dominador de la naturaleza, es la prueba de que aquellos hombres tenían una sabiduría muy profunda del acontecer natural, si no, no existiríamos nosotros.

Me acuerdo de un hecho relevante que sucedió una vez... el arzobispo de Santiago, Monseñor Errázuriz, señaló públicamente que si el legislador de la época aprobase una ley de aborto, sería volver a la época de las cavernas. Entonces, ante esta semejante afirmación yo le contesté, por medio una carta al diario, señalándole: «Monseñor, con todo el respeto por su investidura, lo que usted ha dicho es un contrasentido. Porque si el hombre del Paleolítico hubiera practicado el aborto como hoy se hace, nuestra especie no existiría, o sea, es al revés, nunca las madres han cuidado mejor a sus hijos que en esa época, porque en eso se les iba la vida. Jamás las mujeres de aquella época practicaron el aborto como lo hacen hoy en día, en la sociedad posmoderna». Bueno, monseñor, rectifico.

Esto me lleva a otra reflexión: hoy nos quieren consumidores o usuarios pasivos y nada más. Y en este contexto se puede descuidar la educación de los hijos, sí, porque este modelo creó un sistema de grandes guarderías –llamadas colegios o escuelas– con el objeto de sostener la civilización industrial. Y este modelo civilizatorio aún tiene muchos recursos para convencer a la gente de delegar la educación de sus hijos. Pero este sistema depende de la industria de la alimentación, la salud, la educación y la cultura. Así las cosas, el ser humano natural o indígena no puede sobrevivir en el medioambiente intervenido por la idea de progreso industrial, pero el ser humano atrofiado de la posmodernidad no tiene los saberes básicos para relacionarse con su medio, por lo que si cae la industria, o sea, internet y el sistema de pagos, cae su forma de vivir, lo peor de obtener alimentos.

Esto constituye la cultura: existe una cultura paleolítica con un conocimiento muy profundo de todo el medio natural. Por ejemplo, este antropólogo, el señor Yuval

Harari, tan de moda, señala que el hombre del Paleolítico es necesariamente el modelo humano mejor informado de cuántos han existido en toda la historia.¹² Señala que era mucho mejor informado que nosotros, porque necesitaba de esta conciencia para sobrevivir, y coincido con este autor.

En cambio, el hombre de esta época se está dando el lujo de no saber nada sobre la naturaleza y, peor aún, sobre sí mismo, ya que tenemos la tienda de supermercado que nos da la comida, el automóvil que nos moviliza, y ahora el teléfono inteligente para hacer cálculos y obtener todo tipo de información. Sostengo que, si estas capacidades logísticas y tecnológicas se hacen imposibles de sostener, seremos la humanidad más ignorante de todas las que han pasado por este planeta, y claramente no sobrevivirá esta cultura.

El hombre antiguo, de la época paleolítica, no podía darse ese lujo de ser ignorante, porque significaba la muerte. La humanidad de esa época estaba unida al mundo como existencia y cultura propiamente. En este momento se dio una armonía y belleza única, y podemos encontrar resabios de dicha armonía hoy en las tradiciones orales de los pueblos indígenas, ritos y costumbres.

Así entonces este ser humano natural no podía maltratar a la naturaleza, más bien la habitaba. Jamás se podría entender el matar animales por mero capricho, por deporte o especulación, o talar bosques para venderlos. O sea, el hombre de la antigüedad desarrolla lo que podríamos denominar «una vida ecológica», necesariamente ecocéntrica en el sentido de la armonía de habitar el cosmos.

R. M. L.: Me encuentro desarrollando una tesis sobre el bien común y el buen vivir, tratando de hacer una mapa de las tipologías de vida armoniosas. ¿Cómo se conecta con esta idea de la filosofía natural de la que estamos hablando el «buen vivir», o el *küme mongen* del pueblo mapuche, el *sumak kawsay* de los pueblos indígenas de los Andes ecuatoriales, o el *suma qamaña* en el mundo aymara? ¿Cómo podemos entender este concepto polisémico?

G. S. A.: Mira, incluye muchas cosas el «buen vivir», muchas cosas de tipo espiritual y psicológico. Por ejemplo, pensamos que en una banda de recolectores cazadores de 200 individuos, necesariamente deben respetarse entre ellos; si viven en perpetuo conflicto, como enseña Hobbes,¹³ la especie humana se habría extinguido. Por ejemplo, el «buen vivir» incluye el respeto, la cooperación, el amor entre ellos, entendido el amor como voluntad de bien. Entonces, todos, o la mayoría, practicaban la voluntad del bien, si no, sufrían el castigo más grande también, la expulsión de la comunidad.

Yo diría que otra expresión del vivir bien la encontramos en el libro del Levítico 19, del Antiguo Testamento, donde se señala: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Es la primera vez que se dice en la Biblia, y es para mí la versión evolucionada del res-

¹² Véase Harari 450.

¹³ Véase la obra de Kyle y Rogers en Referencias.

peto mutuo que debían tener los miembros de una cofradía de recolectores cazadores, porque si no, ellos sabían que se extinguirían en poco tiempo.

Por ejemplo, el «buen vivir» se refleja en la idea de igualdad, que era absolutamente esencial. Todavía persiste en las comunidades indígenas una tendencia a la igualdad. Esta igualdad no permite que, según la ley de la tribu, tú te atribuyas a ti mismo un estatus superior a los demás. Eso hay que evitarlo como a un veneno. Entonces, el buen cazador que caza una pieza excepcional, por ejemplo, no tiene una actitud de ostentación ante sus pares, más bien untaría la punta de su lanza en la sangre del animal cazado, y se dirigiría al círculo de los cazadores en torno al fuego, y sencillamente posicionaría su lanza frente a otros en signo de agradecimiento por el don recibido, señalando que cazó y que el alimento está disponible para la comunidad. Esto también se puede ver en las pinturas rupestres, la centralidad de animales como dones. Esta imagen la he sacado de una explicación que dio un jefe de tribu africano a un investigador europeo; el jefe le dijo algo así como: «Si permitimos que se atribuya un estatus superior a los demás, es el fin de nuestra organización social». Para mí estos dos ejemplos singularizan los elementos éticos del buen vivir.

Por otro lado, están los elementos naturales del buen vivir: sentirse lo más cercano posible a la naturaleza respetando la creación y entendiendo a la naturaleza como entidad espiritual autónoma. Otra cuestión importante para el buen vivir es de carácter psicológica, y es la formación del carácter. Tiene que haber una escuela muy buena para vencer la agresividad, y esta se llama familia. Es muy grave la agresión como forma de vida y de comunicación. Cuando el varón pasa de la niñez a la juventud y a la madurez, se producen los momentos en que el hombre está más expuesto a la agresividad, porque ya es más fuerte que cuando era joven o niño, así, evitar la agresividad, modular la fuerza, es algo de la educación humana esencial, y esta educación se da en la familia primordialmente, y en la aldea en segundo lugar. La agresión impide el respeto, destruye la cooperación, crea el resentimiento, desestabiliza el lazo existencial-cognitivo. La cultura de la paz se crea en familias, barrios y pequeñas comunidades, donde todos los rostros cuentan.

En el plano económico, el buen vivir nos puede enseñar que acumular es una forma perversa de asumir la realidad. No se debe acumular, se debe compartir. O sea, lo que nosotros llamamos la acumulación de capital –o, en lindas palabras, el ahorro– es una idea inconcebible en el concepto del buen vivir y los pueblos indígenas.

Entonces, si tú comparas este código con la enseñanza de Jesús, son exactas. Las bienaventuranzas son el código del buen vivir. La cristiandad por eso penetró en América en la época colonial en las comunidades indígenas, y su profunda ética devocional es la clave para entender este fenómeno.

R. M. L.: Escuchando tus maravillosas reflexiones, y pensando que debemos mirar el futuro con una mirada de apertura a los saberes espirituales, éticos y narrativos de nuestra cultura humana, ¿cuáles crees que son nuestros mayores desafíos como humanidad?

G. S. A.: Mira, permítame repetir algo ya indicado en esta entrevista. El enemigo más grande del hombre es la acumulación de riqueza, o sea, el dinero, y la lógica de los negocios es el veneno más grande que impide a la humanidad crecer ontológicamente hasta cumplir el plan de Dios. O sea, en clave cristiana, ser imágenes y semejanzas del Dios vivo, lo que los teólogos llaman *el imago Dei*. La lógica de los negocios, donde prima lo instantáneo y la imagen, es un veneno empobrecedor de la visión de la historia, del mundo y de la autopercepción humana; empobrece al hombre al reducirlo a nada más que en un consumidor. Yo creo que es lo peor que nos pasó, asumir el capitalismo como eje del análisis del mundo humano.

Quiero dar un ejemplo real, de un tipo humano muy extendido entre aquellos que hacen negocios. Yo me acuerdo de un economista reputado que escribió en la sección de *Economía y Negocios* del diario *El Mercurio*, de Santiago de Chile. Este señaló –a propósito de las fiestas patrias, que en Chile se celebran con pompa cada 18 septiembre– que en tiempos de la primera Junta Nacional de Gobierno, o sea, en el siglo XIX, hace doscientos años, cuando sucede la independencia de Chile de la Corona española, este era un país muy pobre, muy ignorante y muy impotente; eso era el Chile colonial para este hombre. Todo el diagnóstico desarrollado por este individuo sobre la sociedad chilena colonial, sobre el estado espiritual de un pueblo que estaba destinado a crear una república y una cultura particular, fue cercenado por el dominio de las finanzas. Entonces yo le contesté, citando los refranes populares y sapienciales de nuestro pueblo, que vienen desde esa época: «¿Quién le enseñó a don Artemio, a don Emeterio, a don Narciso, a doña Evangelina, la sapiencia del buen vivir?». El rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile me mandó a felicitar por la respuesta tan creativa.

Tengo la percepción de que entre los economistas y algunos historiadores actuales se cree que nuestra civilización actual es el pináculo de la historia, y no saben que están muy equivocados, más bien sufren de la ignorancia del orgullo, propia de quien idolatra una idea tan perversa como la del desarrollo ilimitado o la acumulación de capital de forma infinita. Incluso historiadores cultos caen en estos análisis tramposos de aplicar la lógica de los negocios a la historia, o sea, mirar económicamente a la historia. Tuve que debatir con una historiadora importante sobre este tema a través de las páginas de *El Mercurio* de Santiago; le dije que no es bueno que solo el desarrollo empresarial sea ensalzado como modelo de desarrollo. Yo les pregunto a estos historiadores: ¿Jesucristo y los apóstoles acaso vivieron en la miseria extendida? Entre los siglos X y XIII se levantaron las grandes catedrales góticas, desde Burgos hasta Colonia. ¿Eso era la Europa subdesarrollada? ¿Se atreverían a decir eso? El orgullo posmoderno es una infamia al sentido de la historia y al respeto que debemos a nuestros antepasados.

R. M. L.: Existe mucha gente en la academia, en la vida social, económica, política y cultural que se resiste a criticar el modelo capitalista, ¿por qué? Si tenemos toda la evidencia de que este modelo es el que ha destruido el mundo natural, y nuestra especie

casi camina a la extinción por la forma de habitar, producir y consumir de esta sociedad industrial capitalista.

G. S. A.: Se resisten a que el modelo cambie. Porque los beneficia. Y esto paraliza el pensamiento crítico; quedan congelados, no pueden cambiar el modelo porque están muy bien instalados. Por ejemplo, en Chile encontramos un discurso, que se dice a sí mismo –de la autocomplacencia– que la pobreza fue suprimida. Y es una mentira. Me consta que la pobreza aumenta cada día, si no es material, será espiritual, basta mirar las condiciones psicológicas de la población. Mis amistades del mundo obrero asalariado me indican con dolor que no saben cómo terminará su mes, o sea, qué comerán a fin de cada mes, y es impactante esta realidad. La inflación que tenemos en el mundo es horrible y nos muestra la crisis energética y de alimentación que se esconde tras los números. Recordemos que los números son falaces al dar cuenta de la realidad humana; la política posmoderna es un fracaso en cuanto a la econometría.

R. M. L.: Se habla muy poco del contenido del bien común, ese concepto antiguo que Santo Tomás de Aquino y la escolástica desarrollaron profusamente. ¿Tú ves alguna conexión de esto con el buen vivir?

G. S. A.: El bien común es como la plataforma en que se basa el buen vivir. El buen vivir es para el bien común, hay una relación conceptual de interdependencia. Algo importante es que no puede haber nadie con privilegios en una comunidad, por eso no puede haber nadie en la comunidad que pretenda engendrar seres de estatus superior a otros, esto no puede ocurrir, porque será una condición contraria al bien común. Esa persona va a empezar a acumular y a dominar a otros bajo su servicio. Así empezó la explotación del hombre por el hombre, que Marx denunció muy bien en su minuto histórico, aunque las soluciones dadas por este no superaron el drama denunciado.

Entonces las filosofías indígenas o ecosofías que practican el buen vivir desarrollan el bien común, ya que quedan ancladas en una verdad elemental, viven la igualdad ontológica, y por ello en esas comunidades puede existir el bien común; porque viven en justicia y por la justicia. Esto trae aparejada una relación de gratitud y devoción hacia la madre naturaleza y un respeto hacia los otros seres humanos, cuestión que es tremendamente importante en nuestro tiempo de megacrisis global.

Como bien apuntas, el concepto de bien común fue perdiéndose con la entrada en juego del capitalismo salvaje que reduce todo a dinero y epistemologías colonizadoras como el cientificismo. El pensamiento protestante anglosajón tiene un papel importante en esta mirada hegemónica de la economía humana y el cientificismo, ya que para aquella cultura el sentido de la vida es generar riqueza, es un mandato divino –como logró categorizar Max Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde dice en palabras simples que los católicos son muy flojos y los protestantes muy trabajadores–. Ese mundo de acumular riqueza excluye la felicidad del mundo humano, y esto sucede desde los grandes emprendimientos industriales del siglo XIX.

En el plano estético, ahí empezó una época oscura, donde se representaban máquinas e inseguridad que se puede vislumbrar en las pinturas de aquella época.

R. M. L.: Teniendo en cuenta que últimamente te encuentras reflexionando sobre la sabiduría ancestral paleolítica, existe una relación con aquella época antigua de la humanidad, donde las mujeres dominaban el mundo cultural humano, el que llamamos matriarcado, y que es un concepto no exento de polémica –unos lo niegan y otros lo sostienen– en oposición a la idea de patriarcado. ¿En tus investigaciones del Paleolítico qué has podido descubrir acerca del periodo del matriarcado?, ¿tenemos bases historiográficas para sostenerlo?

G. S. A.: En un momento de la prehistoria, hubo un periodo en que la madre tuvo una hegemonía muy grande en la organización familiar y el hogar. Ellas cuidaban a los hijos, eran las facilitadoras de la vida humana, las guardianas de la cultura humana, entonces, la mujer era el sostén de la familia. Así, las funciones de la *oikos* –u hogar doméstico– recaen en ellas, y esto era lo más importante en aquella sociedad primitiva. El varón salía a cazar, estaba explorando el mundo natural, y practicaba una fuerte asociación con otros hombres, cuestión importante que marcará quizás la asunción del patriarcado.

En la antigüedad, por los rastros arqueológicos que conocemos, la mujer posee una hegemonía simbólica muy grande, por ejemplo, en las estatuillas de las Venus, únicos vestigios del Paleolítico superior, se puede apreciar a la mujer sin atuendos, descubierta de todo, o sea, como eje de su autoridad iconográfica.

Pero, al parecer –en un periodo desconocido de la prehistoria posterior al Paleolítico superior– hubo una crisis violenta entre los sexos. Por ejemplo, en algunos pueblos todavía se acuerdan de esa época; los selk'nam, de la Patagonia del sur de Chile han instituido rituales a los que pueden asistir solo los hombres de la comunidad, y son de carácter hermético, no le pueden contar nada a las mujeres. Este hermetismo son recuerdos del choque de sexos acaecido en nuestra prehistoria.

Por otro lado, tenemos el mito de la Atlántida, que al parecer se basa en un hecho real. La isla Atlántida estaba muy cerca de España y parece que era un pueblo muy avanzado en civilización. Invadieron Europa y, al llegar a la península de los Balcanes, donde vivían los antepasados de los griegos, se enfrentaron con los griegos y con su ejército mixto, donde hombres y mujeres luchaban en igualdad de condiciones, como lo cuenta Platón.

Entonces, todavía quedan recuerdos en la cultura de esta hegemonía de la autoridad de la mujer en la organización familiar. Una prueba más de la autoridad de la mujer en la antigüedad es la presencia de la diosa tutelar de Atenas, denominada Palas Atenea, que tenía una complexión fuerte, de una mujer guerrera. Se puede ver esto en la estatua denominada Atenea Partenos que la representa, y que se encontraba en el Partenón de Atenas. La representación de una diosa mujer, que tiene un simbolismo único en la historia de Atenas, que refleja el poder femenino... esto representado con la armadura, escudo, lanza, espada y casco. Es fascinante cómo reivindica un orden supremo.

Todas estas expresiones del arte: las Venus del Paleolítico superior –recordemos que la única representación arqueológica de la época son estas estatuillas, que representan puramente a la mujer–, el relato de Platón y la Diosa tutelar de Atenas nos indican algo, la importancia de la mujer, y más aún, la centralidad del papel de la mujer en el cosmos humano. Incluso en la cultura mapuche encontramos la centralidad de la praxis ritual en la figura de la *machi*,¹⁴ figura esencial para la cultura mapuche, y que en un 90% son mujeres.

Creo que el ser humano es parte de un ciclo vital histórico. Puede ser que lo que pasa hoy, con la reivindicación de la autoridad femenina y con el feminismo en sus diversas variantes, sea un vago recuerdo de lo que ocurrió en el año 12.000 a. C., ya que mucho de lo que somos se encuentra en la memoria genética de la especie, y de repente vuelve ese conflicto de los sexos en el inconsciente colectivo, ahí donde está depositada toda nuestra historia de la especie, y a veces huir de ella nos vuelve sin duda menos humanos; vivimos en un gran ciclo vital del tiempo, tal como enseñan las culturas indígenas.

R. M. L.: Por último, para cerrar esta hermosa conversación, me puedo permitir preguntar a un ser humano tan excepcional como tú, en este estadio de tu vida, ¿cuáles son tus futuros proyectos?

G. S. A.: Mira, estoy esperando que me venga a buscar la muerte, aunque un médico chino me dijo que viviría hasta los 107 años, así que aún me queda un poco de vida. Mis proyectos siguen, me encuentro trabajando en la Universidad Católica y estoy contratado como profesor e investigador. Estoy escribiendo, y tengo la alegría de publicar un nuevo libro que se llamará *Ventura y desgracia del Homo sapiens*, en el que afirmo lo que señala el libro del Génesis, capítulo 2 y 3, y la relación con la antropología moderna, y donde mostro una verificación por parte de esta disciplina de lo que el Génesis enseña. O sea, el libro del Génesis no es una mera figuración narrativa arbitraria para enseñar algo, sino que se refiere a un fenómeno social, precisamente al que llamamos revolución agraria, donde comienza la civilización de la ciudad. En este relato, Caín es el primer héroe de la civilización; construye la primera ciudad, es el primer agricultor y el primer militar, pero mata a su hermano Abel, quien era pastor.

Un paréntesis, la palabra hermano no significa literalmente lo que nosotros entendemos como vínculo sanguíneo. Por ejemplo, en la historia de Roma, Rómulo y Remo no son hermanos en el sentido carnal de la palabra, sino que representan dos etnias de la raza aria. Remo es celta y Rómulo es latino. Ahora tienen un origen común, por eso se dice que son hermanos. Aquí, Caín y Abel son hermanos en el mismo sentido de tener un origen común, no una madre común. Son etnias semejantes por el origen geográfico-cultural.

Volviendo al libro del Génesis, Abel representa la cultura de los pastores y Caín representa la cultura de la ciudad y de la agricultura. Entonces, esa cultura es la que

14 Véase nota n° 10 de esta entrevista.

acabó con la anterior, o tendió a acabar con ella. Aunque la paradoja es que Dios está con el pastor, el pastor no pierde nunca su fe en el Dios único. Es hermoso ver que Jesucristo, miles de años después, nace en un pesebre, en el lugar de los animales y de los pastores.

En cambio, la civilización, o la ciudad, se va al politeísmo, y cree en las divinidades de la fertilidad y todas esas que son funcionales al deseo humano. Entonces, de ahí que Dios no acepte la población de Caín, la rechaza por ser ególatra y, en cambio, acepta el sacrificio de Abel, el pastor con buen gusto. No se dice por qué no acepta la ofrenda, pero al parecer es la actitud de agradecimiento devocional de este último una clave hermenéutica posible.

Hay que leer toda esta evolución de la revolución agraria en la historia, con lo que siglos después será el aumento de la explotación del hombre por el hombre y las interminables guerras que la humanidad vivirá, y cómo el fenómeno de la violencia se expande en la historia humana. El hecho de que Caín matara a su hermano significa muchas cosas, no solo significa el comienzo de la agresividad humana, de la discriminación, de la humillación y la violencia, sino que, desde el parricidio de Caín, se empieza a construir la ciudad amurallada, contra ladrones, bandidos y extranjeros; ya es otro mundo. El mundo de la separación, de la exclusión, donde pobres y errantes no caben. Es un mundo muy violento el de la ciudad humana, y Caín representará al mundo moderno, en el fondo, será el primer hombre moderno.

R. M. L.: ¿Qué le dirías a las y los jóvenes y activistas por el clima, a toda esta generación que está hoy estudiando en la universidad y que siente que necesitamos superar el modelo de explotación de la Madre Tierra? ¿Cuál es tu mensaje para ellos y ellas?

G. S. A.: Yo creo firmemente en mi condición de hombre mayor y que ve al mundo con ojos críticos. Les señalo: ¡Hay que volver a la raíz! ¿Quién fundó este orden cultural? Jesucristo lo fundó. Él es nuestro héroe cultural, como dice C. G. Jung en su último libro, antes de morir, donde explicó su aporte a la psicología de su propia mano: *El hombre y sus símbolos*.¹⁵ Las comunidades fundadas por el apóstol Pablo en Grecia son

¹⁵ Podemos señalar que Carl Gustav Jung ha influido sustancialmente en la obra de Soublette, ya que es reconocido como una de las figuras más destacadas en la historia de la psicología. Fue un médico, psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo, y su influencia fue fundamental en la fase inicial del psicoanálisis, y más tarde se convirtió en el fundador de la Escuela de Psicología Analítica, también conocida como Psicología de los complejos y Psicología profunda. Jung fue discípulo de Sigmund Freud y ejerció como profesor en las prestigiosas universidades de Zürich y Basilea; considerado un pionero en el campo de la psicología profunda, Jung fue ampliamente reconocido y leído durante el siglo xx. Su enfoque teórico y clínico se centró en la estrecha relación funcional entre la estructura de la psique humana y los productos derivados de ella. Jung exploró profundamente el inconsciente colectivo, la importancia de los arquetipos y los símbolos, y la influencia de la mitología y la religión en el desarrollo de la psique individual y colectiva. Además de sus contribuciones teóricas, Jung desarrolló técnicas terapéuticas innovadoras, como la interpretación de los sueños, la psicoterapia basada en la imaginación activa y el análisis de los complejos. Su enfoque holístico y su interés en la totalidad de la psique humana lo llevaron a investigar diferentes áreas, como la mitología, la alquimia y la filosofía oriental, en busca de una comprensión más profunda de la naturaleza humana. A lo largo de su vida, Jung dejó un legado duradero en el campo de la psicología, influyendo no solo en sus contemporáneos, sino también en generaciones posteriores de psicólogos y terapeutas. Su trabajo sigue siendo ampliamente estudiado y su enfoque integrador continúa inspirando a aquellas personas interesadas en explorar la complejidad y la profundidad de la psique humana. Su última obra, y que cita Soublette en esta entrevista, es *El hombre y sus símbolos* (en Referencias).

quizás el primer ensayo consciente de crear un hombre nuevo, y eso finalmente fue un triunfo cultural, basta mirar la historia y comprender que los emperadores romanos tuvieron que declarar el cristianismo como religión oficial después de haberlo perseguido a muerte. La esencia del Evangelio y Jesucristo es nuestro estatuto esencial para los que nos llamamos cristianos. Esto no lo podemos olvidar entre los mil problemas del mundo contemporáneo, y por ello tenemos que reconsiderar la persona de Cristo, en todas sus características, como un trabajador manual y hombre del pueblo sencillo, entre los atributos mundanos. Un modelo de humanidad que no acumula, no tiene nada, y eso pone en valor lo que es la esencia de lo humano, el que no se necesite de la posesión de cosas materiales para cumplir con su cometido es un fuerte mensaje a la cultura actual del aparentar y consumir, a la economía del producir y vender. Debemos considerar al fundador del cristianismo, al mismísimo Jesucristo en su rostro humano y divino, o sea, sacarlo un poco de la religión oficial, ya que es el fundador de nuestra cultura y todos sus valores. La Iglesia está en crisis hoy porque es más institución que pueblo de Dios, ahí está el problema. La Iglesia es pueblo de Dios, espiritualmente, y lo que yo afirmo –muy humildemente– es que la institución se comió al pueblo de Dios. La teología del pueblo que sigue el actual papa Francisco es un camino de reencuentro, pero será largo purgar los excesos del clericalismo.

Pero hay esperanza en lugares como África y Sudamérica, donde hay movimientos de renovación espiritual. Tengo la fe de que la Iglesia no puede caer. Puede pasar por momentos atroces como el que vive hoy, pero no puede caer. Es una promesa contenida en el Evangelio.

R. M. L.: Ahora sí prometo que es la última, pero quiero hacerte una pregunta existencial: ¿Qué es la muerte para ti?

G. S. A.: La muerte para mí es simplemente el cierre natural del ciclo vital. No hay que tenerle miedo, hay que saber enfrentarla, hay que prepararse para la muerte. Intento estar preparado. No sé si allá arriba consideran que estoy preparado, pero tengo fe en que la muerte representa el encuentro con Dios, esa es la verdad. Te enfrentas con Dios y tu vida, por eso ese momento no puede agarrarte desprevenido. Cada uno de nosotros debe estar consciente de que esta realidad se acerca y que debes corregir muchos errores. La vida es una forma de vivir el perdón de Dios.

Yo tengo la confianza de que Cristo pagó por mí, en eso consiste su sacrificio. Debemos ser conscientes de que el ser humano no puede salvarse por sí mismo, su caída es tan grande que no le permite la autosalvación. Así las cosas, son muy pocos los seres humanos que pueden hacer el esfuerzo de autosuperarse, la mayoría no lo puede hacer, por los límites de la psicología humana y la cultura. Entonces, con esta realidad antropológica humana somos seres limitados, y aparece en el mundo el hijo de Dios, quien para mí es Jesucristo, y quien se sacrifica por esta humanidad a manos de la humanidad perdida; esta paradoja es hermosa y profunda. Entonces el sacrificial del hijo de Dios nos viene a liberar de las consecuencias de nuestros errores y pecados,

nosotros por nosotros mismos no podemos librarnos de eso. No debemos olvidar nunca que nuestra posición es dependencia absoluta del creador y con toda la creación. El sacrificio de Él es lo que nos permite que Dios nos perdone y restaure el mundo, renueve el cosmos, en fin, venza a la muerte con la resurrección de su hijo.

* Agradezco a don Gastón Soublette por recibir a este doctorando un día 6 de junio del año 2023 en su linda casa de Limache. Con pocos días de antelación aceptó ser entrevistado en el marco de la tesis doctoral que llevo adelante: «Tipologías de armonía: Buena Vida, Bien Común y Buen Vivir» en la Universidad de Valencia, España.

Referencias

- «Climate Change and Land: an IPCC Special Report on Climate Change, Desertification, Land Degradation, Sustainable Land Management, Food Security, and Greenhouse Gas Fluxes in Terrestrial Ecosystems». Cambridge University Press, 2022.
- Guevara, Tomás. *Historia de Chile: Chile prehispano*. Balcells, 1925-1927. <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-81295.html>
- Harari, Yuval N. *Sapiens, de animales a dioses: breve historia de la humanidad*. Trad. Joandomènec Ros. Debate, 2016, 8ª edición.
- Jung, C. G. *El hombre y sus símbolos*. Paidós, 2022.
- Kyle, Andrew y G. A. J. Rogers. *Leviathan: Contemporary Responses to the Political Theory of Thomas Hobbes*. Thoemmes Press, 1995.
- Soublette, Gastón. *El folklore de Chile: La cueca*. Presentado por Violeta Parra. Zig-Zag, 1959.
- . «La megacrisis». *Aisthesis: Revista Chilena de Investigaciones Estéticas*, n° 25-26, 1992, pp. 103-113. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7009671.pdf>
- . *Rostro de hombre*. Ediciones Universidad Católica de Chile, 2006.
- . *La poética del acontecer*. Editorial Universitaria, 2007.
- . *Manifiesto: Peligros y oportunidades de la megacrisis*. Ediciones UC, 2020.
- . *Marginales y marginados*. Ediciones UC, 2021.
- Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de la historia universal*. Trad. Manuel García Morente. Calpe, 1923.
- Villalobos, Juan Cristóbal. *Una aventura radical. El camino de Lola Hoffmann*. Ediciones UDP, 2023.